

Opinión

¿Tu psicología te expone al movimiento antivacunas?

Los datos son claros: en las últimas décadas, gran parte del mundo estuvo libre del sarampión. ¿Qué significa eso? Por ejemplo, que en 2016 la Región de las Américas llegó a estar libre de la transmisión endémica, de modo que los contagios sólo ocurrían por casos importados. Chile lo había logrado en 1993. ¿Cómo se alcanzó ese punto? Por un trabajo sostenido de los distintos países y organizaciones internacionales para llegar con la vacuna a la población, especialmente en la primera parte de la infancia.

¿Cuál es el escenario actual? Estados Unidos, de estar libre de sarampión en el 2000, pasó a tener más de mil casos en lo que va de 2025. Argentina, Brasil, Canadá y México están entrando en el mismo problema, así como también países europeos y africanos. En un mundo donde hay un tránsito permanente de personas entre distintas zonas, el contagio se facilita.

En uno de los fraudes científicos más funestos de los últimos años, en 1998 apareció un artículo que relacionaba falsamente las vacunas contra el sarampión, la rubeola y las paperas con el origen del autismo. Fue tal el revuelo y difusión que originó, que el movimiento antivacunas (que siempre ha existido) tuvo un impulso impensado, de enormes y graves consecuencias. Como era de esperar, muchas personas no vacunaron a sus hijos, reforzado por campañas cuyo mensaje antivacunas se extendió por todo el mundo, de la misma forma contagiosa como lo hacen esas enfermedades. Por supuesto que esas familias que empezaron a negarse a recibir vacunas lo hacían pensando en lo mejor para sus hijos, pero el efecto epidemiológico está a la vista.

Los investigadores han intentado penetrar más en la comprensión de qué factores de la psicología individual pueden contribuir a que las personas adhieran a ideas antivacunas y, en estos momentos donde el sarampión ha reflatado en su presencia, se vuelve importante resaltarlos.

Con una muestra de más de 5.000 personas de 24 países, fue también en 1998 cuando se publicó un estudio en la revista *Health Psychology* donde M. Hornsey y colaboradores encontraron que la desconfianza hacia los gobiernos, la ciencia y las farmacéuticas, es decir, las creencias conspirativas, son el factor que más peso tiene en las actitudes antivacunas. Un segundo aspecto que contribuye a ellas es la reactividad, es decir, la tendencia a defender la determinación individual y a rechazar el que otros les digan qué hacer, incluyendo al Estado y sus políticas de salud. En tercer lugar, se encontró que el asco y el miedo a las jeringas tiene un peso en la oposición a las vacunas. Finalmente, visiones individualistas por sobre las colectivas terminan de armar la fórmula perfecta para que las personas las rechacen.

En un hallazgo que desafía a las campañas pro-vacunas, es que la mayor exposición a información científica y el tener más altos niveles educativos no se asocia a tener menos actitudes antivacunas.

Cuando una persona decide no vacunar a sus hijos, lo que en apariencia es una decisión individual, termina teniendo

consecuencias colectivas nefastas. Gracias a las vacunas se han controlado muchas enfermedades que tantos efectos tienen en quienes las sufren y, así como la mala ciencia ha contribuido a que el movimiento antivacunas crezca, tiene que ser la misma ciencia la que ayude a iluminar el camino de quienes quieren revertir esa tendencia. Las vacunas no producen autismo y eso no es una opinión, es un hecho.

En uno de los fraudes científicos más funestos, en 1998 apareció un artículo que relacionaba falsamente las vacunas contra el sarampión, la rubeola y las paperas con el origen del autismo.



DR. PATRICIO RAMÍREZ AZÓCAR

Facultad de Psicología, Universidad del Desarrollo.